



EDITORIAL

IMMANUEL KANT O EL GIRO ANTROPOCÉNTRICO DE LA CIENCIA POSIBLE

NO parece acertado pretender un entendimiento de la teoría kantiana del conocimiento al margen de su situación histórica. Kant, en efecto, pretendió alcanzar ciertos objetivos que tenían sólo sentido en el contexto de los problemas filosóficos que se habían planteado en su época. Así como la primera gran navegación filosófica del pensamiento occidental —la que lleva de los griegos hasta fines de la Edad Media— se había orientado como crítica racional del mundo objetivo (la ontología de la realidad objetiva argumentada desde el problema del Ser y el Devenir), la segunda gran navegación —la que se impulsa desde la nueva sensibilidad humanista del Renacimiento— inauguró un discurso sobre la realidad que ya no siguió siendo preferentemente ontológico, sino epistemológico.

El contexto filosófico que llevó a la epistemología kantiana es tan determinante como lo fue en la filosofía griega la contraposición entre Parménides y Heráclito. El sensismo propio del Renacimiento respondió al humanismo que entendía al hombre como naturaleza. Pero el sensismo, transformado en empirismo y asociacionismo en los siglos XVII y XVIII, no pudo dar respuesta suficiente ni a las expectativas de una parte de la sociedad que necesitaba un saber absoluto, ni a las expectativas de un conocimiento universal y necesario que la ciencia de Newton parecía haber convertido en realidad. La teoría inductiva de la ciencia derivada del empirismo reducía la ciencia a la expectativa de que el mundo siguiera funcionando tal describían las leyes inductivas. La ciencia, pero también la filosofía, la moral, la religión, se reducían a creencia, a fe, a expectativa fundada en la costumbre. La ciencia y la sociedad, que todavía estaba aferrada a la seguridad filosófica de la escolástica medieval, se sintieron sin duda incómodos frente al empirismo.

El primer gran giro antropológico de la filosofía moderna se dio en el Renacimiento. El pensamiento objetivo y realista construido por la abstracción de las esencias, tal como explicaba la teoría tomista del conocimiento, fue sustituido por la apertura de la mente natural al mundo de los «fenómenos» que eran «sentidos» por el sujeto humano. La filosofía, en esta perspectiva, se construía no sobre «contenidos objetivos», sino sobre «fenómenos subjetivos». El empirismo radical propuesto por David Hume muestra, en efecto, que la mente humana ya no estaba llena de «realidad objetiva», sino de «fenómenos sentidos», fragmentarios y frágiles.

La alternativa racionalista respondió a la necesidad de justificar un conocimiento seguro en la filosofía y en la ciencia. La fuente de seguridad se afincó en la razón que imponía sus leyes al mundo fluente e inestable de las sensaciones. El racionalismo consideró que la razón era una fuente de conocimiento independiente de la experiencia sensible. La razón no era una derivación dependiente de las sensaciones porque, si así hubiera sido, no se hubiera podido escapar nunca a la lógica del empirismo y de su explicación precaria del conocimiento. La razón, por tanto, debía aportar conocimiento *a priori* (independiente de la experiencia sensible) y se postulaba además la identidad entre razón y realidad (lo racional coincidía con la verdad ontológica de la realidad). Descartes, Malebranche, Leibniz, Wolff y la escuela racionalista alemana prekantiana, cada uno a su manera y con sus matices, deducían la verdad del contenido de la razón.

Pero el racionalismo no eliminó el giro antropológico de la filosofía moderna, ya dado en el sensismo. La seguridad, la verdad, la universalidad y la necesidad del conocimiento no estaban en la realidad objetiva —el mundo clásico—, sino en la razón del sujeto cognoscente. La filosofía y la ciencia nacen del hombre: es éste quien impone la verdad, la universalidad y la necesidad de la ciencia newtoniana sobre el mundo frágil y fluente de las «sensaciones».

La epistemología kantiana respondió a la epistemología de su tiempo y trató de ofrecer una respuesta equilibrada a la necesidad de imponer el sentido común y rechazar la pintoresca deducción de la realidad en los sistemas racionalistas (estableciendo que todo conocimiento era «conocimiento de experiencia», referido a las sensaciones como «materia bruta» cognitiva de acuerdo con la posición empirista); pero respuesta equilibrada también a la pretensión de situar en la razón el «fundamento» del acceso humano a la verdad. El «criticismo» kantiano postuló que para explicar el conocimiento había que suponer la existencia de la estructura apriórica de principios del «yo transcendental». Estos principios organizaban el material sensible: sólo tenían un valor formal o funcional y no podíamos asumir que se identificaran con la realidad en sí misma (nouménica). Sin embargo, estos principios formales actuaban con universalidad y necesidad: el mundo humano, y la ciencia que describe nuestro mundo de experiencia, serían siempre un resultado universal y necesario de estos principios. Nuestro mundo humano sería siempre como la ciencia describe, pero nunca sabríamos si la realidad en sí misma (nouménicamente) responde a estos principios.

La epistemología y la ciencia moderna parecen haber dado la razón a Kant, pero sólo en parte. El pensamiento moderno ha consumado el giro antropológico. En el fondo es el giro antropológico que se inició con el sensismo renacentista y se radicalizó en Kant. Como se diría en epistemología popperiana, nuestro conocimiento del mundo es una construcción de la razón fundada en «sensaciones» que, en último término, son «fenoménicas», surgidas de la apariencia de la realidad resultante de la interacción entre el mundo físico externo y la estructura de nuestros sentidos externos e internos (el color, por ejemplo, en un fenómeno «psíquico» y así también la experiencia del espacio y del tiempo). El saber clásico acerca del orden objetivo del mundo es sustituido en la ciencia moderna por un sistema de hipótesis sobre los fenómenos, construidas por la razón, que nos permiten vivir adaptados al medio fenoménico.

Pero la tendencia actual no da la razón a Kant en algo que para éste era esencial: en la atribución del estatuto de absoluta aprioridad a los principios transcendentales de la razón. El paradigma evolutivo —impuesto en el XIX tras la obra de Darwin— es capital en la ciencia y lleva a entender que los principios de la razón se han formado evolutivamente *a posteriori*. De acuerdo con una acertada formulación de Konrad Lorenz, lo que es *a priori* para un individuo (porque ya está programado neuronalmente en su mente) no es *a priori* para la especie. En este sentido, la ciencia moderna —y en general la cultura moderna— se ha puesto de parte de los empiristas. Hoy en día no tiene sentido aceptar la universalidad y necesidad apriórica de los principios de la razón. La razón se ha construido evolutivamente y está siempre constitutivamente abierta. La razón no está ya hecha transcendentamente, sino que se hace en un proceso abierto y crítico.